

EL PACTO DE DIOS CON DAVID

OWEN D. OLBRICHT

«Bendito el Señor Dios de Israel, que ha visitado y redimido a su pueblo, y nos levantó un poderoso Salvador en la casa de David su siervo [...] para hacer misericordia con nuestros padres, y acordarse de su santo pacto...» (Lucas 1.68–75).

Dios hizo con David un pacto que incluía una promesa que se cumplió por medio de Jesús. Cuando estaba muy próximo el final de su vida, David declaró que Dios había hecho este pacto con él (2º Samuel 23.5). Este pacto también se menciona en 2º Crónicas 21.7, en un relato acerca del período de decadencia de la historia de la nación de Judá. David recogió en el Salmo 89, las aseveraciones de Dios en relación con el pacto:

Hice pacto con mi escogido;
Juré a David mi siervo, diciendo:
Para siempre confirmaré tu descendencia,
Y edificaré tu trono por todas las generaciones
(vers.ºs 3–4).

Para siempre le conservaré mi misericordia,
Y mi pacto será firme con él.
Pondré su descendencia para siempre,
Y su trono como los días de los cielos
(vers.ºs 28–29).

No olvidaré mi pacto,
Ni mudaré lo que ha salido de mis labios.
Una vez he jurado por mi santidad,
Y no mentiré a David.
Su descendencia será para siempre,
Y su trono como el sol delante de mí
(vers.ºs 34–36).

Natán le había dado seguridad a David acerca de la naturaleza perpetua de su reino (2º Samuel 7.13, 16). Miqueas profetizó que el Señor saldría de Belén (Miqueas 5.2). Daniel vio una visión del Hijo del Hombre ascendiendo hasta el Anciano de Días, y recibiendo de Este un reino eterno (Daniel 7.13–14). Isaías, también, habló acerca del soberano que se sentaría sobre el trono de David (Isaías 9.6–7).

Estas profecías hallan su cumplimiento en Jesús, un descendiente de David, que era de la tribu de Judá. Al bendecir a sus hijos, Jacob profetizó que el cetro no se apartaría de Judá (Génesis 49.10). Otras profecías relacionadas con David indicaban que de los descendientes de este saldría un monarca que reinaría sobre el pueblo de Dios,¹ del mismo modo que David había reinado sobre ellos.

El ángel Gabriel relacionó estas profecías con Jesús, en el anuncio que le hizo a María acerca de Jesús: «Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin» (Lucas 1.32–33).

Todo lo anterior se cumplió cuando Jesús ascendió para sentarse a la diestra del Padre y todas las cosas le fueron puestas a Sus pies.² A partir de ese momento, Jesús ha tenido toda autoridad en los cielos y en la tierra (Mateo 28.18). Los que son perdonados de sus pecados son librados del reino de las tinieblas, y de Satanás, para entrar en el reino de Jesús (Hechos 2.38; 26.18; Colosenses 1.13).

Jesús es el Mesías, el Cristo (Juan 1.41; Hechos 2.36). Debido a que Él reina ahora, debemos obedecerle, o seremos desarraigados (Hechos 3.23).

El pacto que Dios hizo con David se cumplió en Jesús. De conformidad con este pacto, Dios trajo al soberano, Jesús, para que se sentara sobre el trono de David, y para que reinara sobre el pueblo de Dios. Al enviar a Jesús, Dios cumplió Su pacto con David. ■

¹ Veá Jeremías 23.5; 30.9; 33.15; Ezequiel 34.23–24; 37.24–25; Oseas 3.5; Zacarías 12.10.

² Veá Marcos 16.19; Hechos 2.34–35; 1ª Corintios 15.27; Efesios 1.19–23; 1ª Pedro 3.22.